

**XVI Certamen de Relato Corto
“Tito Simón”**

**Primer premio en la Categoría
Juvenil**

XVI Certamen de Relato Corto “Tito Simón”

El día más gris

por Irene Reyes Noguero

**XVI Certamen de Relato Corto “Tito Simón”
Primer premio en la Categoría Juvenil**

**El día más gris
por Irene Reyes Noguero**

Amanece.

El sol se desliza por las ventanas del tren, hilos de oro bailando sobre gotas heladas de rocío; dedos de fuego acariciando la superficie de esta serpiente que ondula entre raíles, con nosotros dentro.

Las estrellas huyeron ya, pero la luna le pide al cielo que la deje llegar más tarde a casa.

Quiere aspirar todavía la alegría de la aurora, su frescura. El aire.

Ahora, el invierno no es más que una burbuja a punto de estallar en la bañera.

Despaciota y sutil, se acerca la primavera.

Pero no aquí.

Aquí no hay lugar para las diminutas flores amarillas que brillan en la hierba humedecida.

Aquí todo es blanco y negro, uniforme y gris. Semblantes grises, saludos grises, sonrisas grises, grises de medio lado, obligadas, sin ánimo, marchitas, viejas. Grises. Observo estos rostros y no los comprendo: rostros cansados de vivir, de luchar, de estudiar, de respirar un día más; rostros mustios habitando pisos destartados; rostros amargos, de horas malgastadas; rostros sabelotodo; tanto aprendieron que ya se aburrieron de existir; rostros, aún casi niños, que arrastran la vida como una condena. Existen otros rostros. En mi memoria...

Flash, y ojos esperanzados, con la vista oteando el horizonte infinito, y mejillas de sal estirándose como goma, y manos de alambre aferradas a hombros de gorrión, los huesos sobresalientes de los hijos del hambre y de la guerra.

Flash, y el sol quemando en la espalda, tostando, derritiendo, corroyendo la piel; y las gargantas en sequía, y el agua golpeando la barca, y los espíritus conservados en salazón.

Flash, y la patera no aguanta y no llegamos, no llegamos, y pobre barquilla mía, sin velas, desvelada, y entre las olas, sola, ni para juguete servías, y la tierra alejándose, escupiendo kilómetros como frontera.

Flash, y éramos cincuenta, quedamos treinta y dos, pero vamos, vamos, sólo un poco más, hay que luchar por mantenerse sólo un poco más sobre este manto de petróleo añil, que al otro lado...

Flash, y noches y días bajo la luz cambiante de un semáforo. Rojo, amarillo, verde, I Have a Dream; rojo, amarillo, verde, no puedo alcanzarlo; rojo, amarillo, verde, mi piel me lo impide; rojo, amarillo, verde, por qué no blanco; rojo, amarillo, verde, negro, negro, negro, negro.

Una palabra, un color, un millas de impedimentos.

Negro.

Próxima parada...

La voz en off la anuncia con el mismo tono inanimado de siempre. Sin cuerpo, sin alma.

A veces, me pregunto para qué vivir.

Podría preguntárselo también a todos los demás pasajeros, a todas esas pupilas grises prefabricadas y en serie.

A todos, excepto a ella.

Porque ella no es de este mundo; es volátil, transparente; de una belleza frágil, irreal.

Pequeña libélula plateada, hada marfil venida del norte, rosa fragante en este desierto gris.

Eso es ella, un reflejo es una ventana.

Un reflejo por el merece la pena vivir.

Me siento detrás. Siempre en el mismo sitio. Cada martes. Cada jueves. Y ahora la miro y me bebo sus rasgos. Todo el trayecto.

Su frente pálida, despejada, corona de unos ojos inundados por una mar de hierba. Su nariz, rectilínea, de una perfección que duele. Su boca, gruesa, carnosa, y roja, como fresa de invierno.

Toda ella entera es una fruta dulce, un narciso dorado y leve.

Es bella; no deseable, sino bella, sencillamente bella.

No puedo apartar la vista de las espigas de su cabello cayendo en cascada sobre esa espalda erguida de bailarina sin tutú.

El brillo de sus pupilas esclavas se pierde en la ventana, siempre en la misma ventana. Es un brillo intermitente, efímero, que me confirma que realmente no está aquí, sino muy lejos. Es la clase de brillo de las estrellas ausentes, tan hermosas e indiferentes que ruegan, no a conciencia, ser amadas.

Me pregunto dónde se perderá esa mirada, adónde escapan sus iris de ninfa de las nieves, cómo será el paraje que cobra vida sólo para ella tras el cristal, a qué se deberá su repentina sonrisa bajo cero.

Y me imagino otros flashes, únicos, de ella. Memorias de tundra y de hielo.

No me importa de dónde viene, ni adónde va, en qué parada baja, o en qué conservatorio arranca música al violín que siempre lleva entre las manos. No.

Me importan sus ojos soñadores, vagabundos, perdidos en el humo imperceptible que la envuelve, vaho en un puzzle de cristal. Niebla y luz.

Me importa la manera en que se recoge el pelo en una trenza medio deshecha, los mechones rebeldes huyendo en tirabuzones rubios. El gesto de sus largos dedos practicando cualquier pieza para violín sobre sus rodillas, y su ceño fruncido cuando se equivoca en una nota sorda que sólo ella puede escuchar.

Me importa la forma en que intenta cerrar un libro, a la vez que guarda las partituras y se coloca bien el bolso, su terna torpeza casi infantil.

Ella, la chica desorden, la chica ilusión vana, la chica Amores Platónicos SA, la chica vapor de agua, la chica de humo.

Perfecta en su fragilidad de nieve.

Ella. Luz y niebla. Niebla y luz.

Y, simplemente con verla, desaparecen las pateras y se vuelven suaves mis manos de lija. Sólo su reflejo borra de un plumazo este Madrid tan sin esperanza, tan lleno de rostros grises; vuelan mis paquetes de pañuelos; bailan los colores de un semáforo, que nunca quiso ser negro.

Porque, simplemente con verla, el mundo renace de nuevo, y la primavera se adelanta y se cuele por entre estos vagones; el reflejo de su sonrisa de medio segundo iluminando este tren serpiente, que no lleva a ninguna parte.

Simplemente por verla, vivo.

Escuchas el palpitar del corazón de él. Sus latidos son cálidos, fuertes; su ritmo, acelerado.

Ves sus ojos dulces; sientes sus manos ásperas que se apoyan en el respaldo donde ella reclina delicadamente la cabeza. Ella, ensimismada en su reflejo. Ella, que no sabe nada. Que nunca sabrá.

Son dos individuos interesantes, dos buenas piezas para este juego de ajedrez donde todos pierden, menos tú.

Y a ti te gusta jugar, te gusta sentirte temida; la rival más poderosa, la más implacable. Pero, sobre todo, te gusta ganar. Dentro de poco, otra victoria.

Aquí están ya tus peones. En este mismo tren. Sólo dos vagones más allá.

Los has colocado bien.

Parecen observar el lugar, lo analizan minuciosamente, calculan con exactitud dónde colocar las mochilas. Quizás hablen de guerra santa, de paraísos futuros, de liberación. O simplemente del partido de fútbol de próximo domingo.

Próxima parada...

Salen.

7,45:

Contempla el tren destrozado. Gritos, sangre, dolor, muerte.

Humo en los ojos, humo en las manos, en el corazón.

Como zombis, como sobras malheridas desfilan ante él las figuras de sus antiguos compañeros de viaje, aquellos rostros grises, ahora ya tan pálidos, tan sin sangre. Quiere mirar pero no puede, quiere ayudar y sus manos caen muertas a cada lado de su cuerpo, pobre marioneta sin sentido; quiere escuchar el sonido de las sirenas que presiente a lo lejos, pero el zumbido en sus oídos es tan fuerte que no puede oír, abeja insomne que se cuele en su cerebro impidiéndole pensar.

Enajenado. De enajenar. Cinco acepciones según la RAE, dos son para él:

(Del lat. in, en, y alienāre).

2. tr. Sacar a alguien fuera de sí, entorpecerle o turbarle el uso de la razón o de los sentidos.

4. prnl. Desposeerse, privarse de algo.

Entorpecer el uso de la razón o los sentidos. Desposeerse.

Sacado fuera de sí. Privado de algo, privado de alguien. De alguien, de alguien, de alguien...

La contempla a ella, igual que tantas veces. A ella, que vino del norte para iluminarle aquel tren gris que nunca llegó a su destino; a ella, que nunca supo y nunca sabrá; a ella, que ahora es sólo una sombra más extendida en el suelo, ¿dónde pudo esconderse su luz?

Y él sabe que ya no habrá más martes ni más jueves; no más niebla ni reflejos dorados en el cristal.

No más, no más, no más, no más.

Como un león herido, ruge de dolor por dentro. Se pregunta y grita al cielo quién pudo doblar aquel esbelto cuello de junco, qué maldito alfiler atravesó las alas de su querida mariposa de humo.

Sangra, partido en dos, su corazón caliente y llueve ahora, ya sin tregua, en su alma enamorada. Lágrimas en torrente por la muerte de ella, por su vida sin ella. Sinsentido.

Cumpliste bien tu misión. Como siempre. Tus peones y tú.

Tú, araña tejedora, que apuestas vidas a pulsos, hilaste la tela mortal y la apretaste como sogas al cuello de quienes no tenían culpa alguna.

Tú, la que das el último empujón a los suicidas; la que está presente en el tsunami, en el cáncer, en la patera, en las armas blancas.

Tú, que vas acabando, poco a poco, uno a uno, con los humanos-insecto; que aplastas hormigueros y rompes panales... Ciento noventa y dos muertos.

La mañana, más fría; el día, más gris.

Tú, línea de meta hacia la que corremos, cada día, por inercia, irremediabilmente; condena última y definitiva. Al final, siempre tú.

El día, más gris; la mañana, más fría.

Y sus manos negras, ásperas como lija, acariciando las cuerdas de un violín roto.